

Todo Hombre necesita una Madre

Frederico Bento¹

Psi Relacional, Lisboa, Portugal

RESUMEN

Este artículo parte de mi práctica clínica con poblaciones en situación de pobreza extrema para reflexionar sobre los efectos del trauma social y relacional en el desarrollo psíquico. El texto propone una reflexión sobre las formas de subjetivación en contextos de marginación, donde lo concreto predomina y lo simbólico escasea. Se argumenta que la inestabilidad relacional y material vivida por los niños del subproletariado compromete la emergencia de un espacio interno representacional, haciendo de la acción el principal modo de comunicación. El texto también discute el papel del profesional en estos territorios, subrayando la importancia de una presencia afectiva consistente, capaz de funcionar como "objeto transformacional". Se defiende que, en estos contextos, más allá del saber técnico o la autoridad institucional, es la bondad, como experiencia emocional relacional, la que puede hacer posible el pasaje de la acción al lenguaje, de la repetición a la simbolización, del sufrimiento vivido al sufrimiento pensado.

Palabras clave: Clínica marginal; Trauma relacional; Lenguaje de la acción; Objeto transformacional; Bondad.

ABSTRACT

This article draws from my clinical practice with populations living in extreme poverty to explore the effects of social and relational trauma on psychic development. The text offers a reflection on forms of subjectivation in contexts of marginalisation, where the concrete prevails and the symbolic is scarce. It argues that the relational and material instability experienced by children of the subproletariat compromises the emergence of an internal representational space, making action the primary mode of communication. The article also discusses the role of the practitioner in these territories, emphasising the importance of a consistent affective presence capable of functioning as a "transformational object." It asserts that, in these contexts, more than technical expertise or institutional authority, it is kindness as a relational emotional experience that can make possible the crossing from action to language, from repetition to symbolisation, from lived suffering to thought suffering.

Key Words: Marginal clinical practice; Relational trauma; Action language; Transformational object; Kindness.

¹ Frederico Bento: psicólogo clínico y psicoterapeuta psicoanalítico relacional en formación en PsiRelacional – Asociación de Psicoanálisis Relacional. Trabaja en Lisboa, Portugal, tanto en consulta privada como en una clínica social pública, donde atiende a personas de zonas urbanas desfavorecidas que enfrentan una gran vulnerabilidad social y económica.

English Title: Every Man Needs a Mother

Cita bibliográfica / Reference citation:

Bento, F. (2025). Todo hombre necesita una madre. *Clínica e Investigación Relacional*, 19 (2): 337-347. [ISSN 1988-2939] [Recuperado de www.ceir.info] DOI: 10.21110/19882939.2025.190208

Son las 8 de la mañana. Es hora de despertar. Así lo dice mi despertador, con un sonido frenético que se niega a parar hasta asegurarse de que me levanto para un nuevo día de trabajo. Será un día largo. Como lo son todos.

Ya en la moto, de camino a la Unidad donde trabajo, aprovecho para escuchar *Eixo do Mal*², un programa semanal de comentario político que me pone al tanto de una actualidad que no me ha dejado satisfecho. El mensaje que los “señores” del mundo transmiten es de destrucción, de miedo, de pérdida. No me apetece pensar en ello, y por eso, en el privilegio de poder elegir lo que quiero oír, cambio de sonido y escucho mi música.

Vuelvo a pensar en el largo día que tengo por delante. Vuelvo a pensar en la destrucción, el miedo y la pérdida con los que, de forma forzosa y respetuosa, tendré que volver a entrar en contacto cuando me sienta con mis pacientes. Este es el peso de la responsabilidad de nuestra profesión. Es un peso que elijo llevar.

Son las 9 de la mañana. Llego a la Unidad W+, una unidad de salud mental perteneciente a la *Santa Casa da Misericórdia de Lisboa*, que ofrece acompañamiento psicológico y psicoterapéutico gratuito a cualquier habitante de la ciudad que se encuentre en situación de grave riesgo psicosocial. Entro y saludo al señor Alfredo, nuestro guardia de seguridad y anfitrión. Me espera Kelly. Kelly tiene 5 años y pasó el primer año de vida confinada en la habitación donde vivía su madre. Durante ese período, Kelly fue objeto de tres notificaciones de los servicios sociales que resultaron en su ingreso en un centro residencial. Dos meses después, la institución sufrió un brote viral, y Kelly tuvo una complicación grave derivada del virus. El virus se alojó en su sistema nervioso central, que quedó completamente comprometido. Los médicos dijeron que la probabilidad de que esto ocurriera era de una entre un millón, lo que me hizo pensar que el virus la había elegido a ella. Estuvo hospitalizada cinco meses y perdió por completo la capacidad de caminar. Después de un tiempo en intervención temprana, recuperó la locomoción y mejoró el habla. Al pasear

² En castellano: Eje del Mal

por la calle con las técnicas del centro, Kelly gritaba "papá" a todos los hombres con los que se cruzaba. En nuestra primera sesión, gritaba mi nombre. No decía "papá", intentaba decir "Frederico". Para Kelly, nunca hubo alguien privilegiado; buscaba afecto en cualquiera, incluso en un desconocido como yo. En esa sesión, pasó más de la mitad del tiempo mirando las plantas del despacho y acariciándolas, mientras me decía que teníamos que cuidarlas porque parecía que se estaban cayendo. Eso es lo que hemos intentado hacer.

Son las 10 de la mañana. Mientras salgo con Kelly a caballito, Roberto ya me espera. Sentado en un rincón de la sala, con su gran bolsa que siempre lleva consigo, nunca muestra ningún tipo de reacción ante mi juego con Kelly, aunque la ve todas las semanas.

Roberto es hijo de padre africano y madre portuguesa. Es el menor de seis hermanos. A los 5 años, su hermano mayor, 4 años mayor que él y con el que compartía cama, obligó a Roberto a masturbarse. Cuando se negó, le pegó. A los 7 años se fue a vivir a una institución. Salió a los 18 años, cuando conoció a un hombre del que se enamoró y se fue a vivir con él, donde aún vivía con sus padres. Una noche, mientras Roberto dormía y deliraba que le engañaba, este hombre empezó a pegarle. Al oír el ruido, su madre llamó a la puerta. Salió de la habitación y, cuando volvió, se disculpó por lo que había hecho. Se volvió hacia Roberto y le dijo: "¿Sabes lo que hacen las parejas después de una pelea? Sexo". Se puso encima de él y forzó la penetración. Esa fue la primera vez que fue violado por su novio, algo que continuó durante dos años, hasta que consiguió salir de la relación con la ayuda de una hermana. Durante este periodo, sin casa ni trabajo, Roberto empezó a tener frecuentes ataques de pánico. También empezó a cortarse. Me cuenta que tiene más de 400 cortes. Intentó suicidarse. Se puso una soga al cuello y se tiró. No podía morir. Ya no podía trabajar y el dinero que le daba la seguridad social era para pagar la habitación que alquilaba. Después de pagar las facturas, Roberto vive con 18 euros al mes. La bolsa que lleva es la comida que va a recoger cada día a la parroquia. A menudo no puede comerla porque está caducada y huele mal. Se siente indigno de ser una persona. A las 10 de la mañana siempre me siento descalzo ante los horrores de la vida humana.

Son las 11 de la mañana. Mientras acompaño a Roberto hasta la puerta, Lucía ya me espera desde hace unos 30 minutos.

Lucía fue mi primera paciente en la Unidad. Recuerdo como si fuera hoy nuestra primera interacción:

F: Hola, Lucía. Soy Frederico.

L: Yo soy Lucía la loca.

F: ¿Loca?

L: Dicen que sí, otros dicen que no, pero yo digo que sí.

F: Pues no sé, pero yo creo que no. Ya veremos si tienes razón.

L: Mire, esta es la primera y última vez que nos vamos a ver.

F: ¿Por qué?

L: Este es el país de la mentira... ¿ve esos cursos para encontrar trabajo? Solo me ofrecieron por la mañana y, así, no voy a poder venir aquí.

F: ¿Pero está obligada a hacer eso?

L: Claro que sí. Recibo el ingreso mínimo, estoy en la cuerda floja porque la misericordia va a dejar de pagarme el alquiler. Fui cuidadora de mi madre, cambiarle los pañales y todo. Después una se vuelve loca, se aísla, pierde contactos (...). No tengo esperanza ni fe en nada, siempre fui así, me crié dando tumbos. Soy una descreída de las personas y de mí misma.

Eso fue hace tres años. Hoy Lucía es más capaz de estar con otros, de creer en las relaciones. Aunque, de vez en cuando, el mundo vuelve a transformarse en un lugar hostil, de gran rabia y desconfianza, y se encierra de nuevo en sí misma y hacia los demás.

El mundo se transforma en el lugar de su infancia: una infancia marcada por la violencia del padre hacia la madre; por la violencia del barrio donde nació y creció; por la violencia de unos padres que no la cuidaron; por la violencia de la institución por la que pasó y de la que logró escapar; por la violencia de presenciar la muerte de amigos a causa de la droga y el SIDA y, ya adulta, por la violencia —pero también por la gran tristeza— de no poder aceptar, por todo lo vivido, que alguien pueda llegar a quererla.

Lucía es una mujer sola. Vive con 25 euros al mes después de pagar las cuentas. Muchas veces soy la única persona con la que habla durante la semana.

Lucía es una más de las invisibles. Pero a mí me gusta mucho verla.

Son las 12 del mediodía. Lucía se ha ido y Francisca ya me está esperando con su madre. Francisca tiene 14 años y se ha negado vehementemente a entrar y estar conmigo. Francisca está en acogida y vive en una institución. Está en acogida con su hermano de 6 años. Antes de estar en acogida, Francisca vivía con su madre, su hermano y su abuelo. También vivía allí un primo que abusó sexualmente de Francisca y de su hermano. La madre sólo se enteró tras una denuncia del colegio, motivada por las palabras del hermano de Francisca: «Me metió la polla en la boca y en la de mi hermana». Ambos fueron acogidos. Aunque Francisca está en acogida, su madre se encarga de recogerla del colegio cada semana el día de la sesión y llevarla a terapia. Francisca no quería venir sola conmigo y pedía implícitamente a su madre que viniera también. En la tríada, siempre se ponía de espaldas a mí, pero de cara a su madre, alternando entre jugar con ella y momentos de gran agresividad y rabia, en los que su madre, creo que, por un gran sentimiento de culpa, pasaba a una posición infantil en

la que se invertían los papeles entre las dos. En una sesión, varios meses después de haber entrado los tres, hablamos de la posibilidad de que Francisca entrara sola. Le dije que sabía que había cosas extremadamente dolorosas, pero que no tenía por qué hablar si no quería. Mamá me dijo entre lágrimas que yo no conocía la realidad, que no podía conocerla. Le dije que tenía razón, pero que sentía un enorme respeto y empatía por Francisca, pero también por ella. También le dije que yo no era un trabajador social y que no estaba allí para definir el futuro de nadie ni para juzgar su amor por sus hijos. Francisca seguía mirando a su madre, en silencio. Me sentí conectado con ella. En la siguiente sesión, Francisca vino sola y sólo le pidió a su madre que se sentara en la silla más cercana a la puerta del despacho.

Son las 13, la una de la tarde y, como de costumbre, no me tomo un descanso para comer, pero hasta que llega Claudia me como una manzana. Últimamente viene con regularidad, sin faltar una semana, pero no siempre fue así. Claudia tiene 28 años. Es una chica guapa. En casa, su madre consumía heroína y cocaína y su padre, un hombre depresivo, se refugiaba en el alcohol y en otras mujeres. En su ausencia, Claudia, que entonces tenía 15 años, empezó a vender fotografías íntimas suyas a hombres mayores. De la fotografía al sexo, quedó embarazada sin saber de quién. Acabó abortando. Más tarde, se enamoró de un chico. Márcio, un hombre que la golpeaba, es el padre de su hija, pero ya no están juntos. Claudia viene a la Unidad por sugerencia de los asistentes sociales que la acompañan. Su contacto conmigo es muy variable. A menudo se ausentaba durante un mes, a pesar de que todas las semanas me decía que iba a venir. Sin embargo, cuando le pregunté qué significaba todo eso, me dijo que no la abandonara, que le gustaba ir allí y que se sentía escuchada. Para Claudia es muy difícil confiar en alguien y pensar en tener continuidad. Claudia volvió a la prostitución. En un momento especialmente vulnerable, me cuenta que recuerda cuando su madre traía a casa a muchos hombres diferentes y se encerraba en su habitación, dejando en el aire la idea de que su madre también se prostituía. Es tan fácil comprender el impacto de las relaciones primarias que lo que no puedo concebir es cómo puede haber alguien que no entienda su importancia.

Son las 14:30 y llega la hora del Grupo. Por una serie de encuentros, oportunidades, peripecias, comienzos y finales que no vienen ahora al caso, tuve la posibilidad de iniciar un Grupo. No lo llamaría un grupo terapéutico en su sentido formal, pero sí es un grupo de discusión, de reflexión, que puede tener, aquí y allá, movimientos de ayuda. Es un grupo de jóvenes adultos, de alrededor de veinte años. Todos ellos pertenecen a las distintas zonas de vivienda social que componen el gran territorio que es Ameixoeira. De los siete que vienen regularmente al Grupo, cinco son africanos, nacidos en las antiguas colonias portuguesas. Uno es blanco, como él mismo dice, "del gueto", y otro es gitano, perteneciente a la gran comunidad gitana que habita en Ameixoeira. Y yo soy un portugués blanco, nacido en el

centro de Lisboa, apenas unos años mayor que ellos, intentando, desde mi posición de privilegio, explorar caminos, trazar diferencias, pensar y reír. ¡Y cómo me río con ellos!

Discutimos qué significa ser negro en Portugal, el racismo que han vivido. Hablamos de lo que implica ser gitano, del respeto por las tradiciones, del peso de la transmisión transgeneracional y de cuánto eso a veces impide su inclusión. ¡Y qué valentía tiene Paulino por estar ahí con nosotros! Hablamos de los “pijos” y los “niños de bien”, y de la mezcla de rabia con sentimiento de inferioridad que Rubén, el blanco “del gueto”, siente hacia ellos. En medio de las diferencias de piel y de cultura, discutimos el hecho de que todos viven en un barrio social. Un barrio duro, donde hay robos, disparos y muerte. Donde hay Miseria. Reflexionamos sobre el estigma que recae sobre ellos. Hablamos de cuánto más tienen que esforzarse para alcanzar lo mismo que, por ejemplo, alguien como yo.

Cada semana, en el Grupo, me quedo pensando en cuánta verdad encierra un fragmento de un artículo que leí —aunque, con gran pena, no recuerdo el nombre de la autora. Sé que era una mujer. Ella decía algo así como: *“Tal vez sea hora de que los analistas vuelvan a las calles, donde ocurre la vida real, para redescubrir al loco errante que también habita esos lugares. Volvamos a hablar de clínicas gratuitas y de un psicoanálisis laico —algo que hoy suena delirante en un sistema donde los pobres no pueden permitirse el lujo de tener un inconsciente.”*

Son las 16:30. De vuelta a la moto, ahora camino de mi consultorio, escucho a Zeca Veloso en una fabulosa canción que hizo junto a su padre Caetano y sus hermanos Moreno y Tom: *“Todo Homem”*. “*Todo Homem*” es el nombre de la canción. “*Todo Hombre necesita una Madre*”, cantan los cuatro en perfecta armonía y con un vibrato singular.

Me conmovió. Me conmovió tanto que la escuché en bucle durante todo el trayecto. Claro que me hizo pensar en mi propia madre, con todos sus defectos y cualidades, pero también en el privilegio que tuve —y tengo— por tenerla.

Sin embargo, la canción y ese verso, como me dijo una mujer por la que siento un gran amor, no hablan solo de las madres. Van más allá. Nos transportan a un lugar de cuidado, de sintonía, de afecto, de protección. Un lugar de una Madre, pero también de un Padre. Un lugar que necesitamos tener y sentir. Muchas veces, un lugar de suerte o de desgracia. La aleatoriedad del nacimiento es, a menudo, cruel.

La música, la moto, el viaje... me hacen pensar en mis pacientes. En aquellos de los que hoy os he hablado, pero también en los que veo otros días de la semana, que para mí no están olvidados, aunque un día fueron olvidados por alguien.

Ahora, abro la puerta del consultorio y estoy en un espacio diferente. Estoy en un espacio que, por muy difícil que sea —y también lo es—, no tiene el peso concreto y real de la miseria, de la pobreza, de la marginación, de la delincuencia, de la experiencia de la calle, del mundo gris de cemento, de la lucha, del disparo, de la puñalada. Es un espacio que, de vez en cuando, también puede contener todo eso, pero que tiene mucho más de otras cosas, igualmente importantes, igualmente pesadas, y sobre las cuales siento una gran responsabilidad. Sin embargo, como decía Neil Altman (2011) en *The Analyst in the Inner City*, el trauma cultural y contextual —y aquí me refiero al barrio social, a los marginados— predispone, de forma natural, al trauma individual, el cual, a su vez, tiene una enorme influencia sobre la psicopatología.

Vonnie McLoyd (1998), en su artículo *Socioeconomic Disadvantage and Child Development*, desarrolla la idea de Altman describiendo un ciclo que se perpetúa a lo largo de generaciones. Señala que la pobreza crea múltiples fuentes de estrés en las familias, tales como: condiciones precarias de vivienda y de trabajo; inseguridad y mayor exposición al crimen y la violencia; escasas oportunidades educativas; ingresos insuficientes para cubrir necesidades básicas; y racismo. Estadísticamente, las familias pobres tendrían, en promedio, más hijos y, con frecuencia, los educarían sin el apoyo estable de un co-progenitor, lo que generaría sentimientos de abandono e inestabilidad emocional. Estas circunstancias, combinadas con bajas expectativas y condiciones escolares inadecuadas, afectarían negativamente su rendimiento académico. Ante tales presiones, los padres tenderían a mostrarse más irritables e inconsistentes en sus prácticas disciplinarias, recurriendo con frecuencia a métodos más punitivos. Este sería, así, un camino y un saber relacional que se transmitiría de padres a hijos, generando —utilizando el concepto del Boston Change Process Study Group (2010)— un *conocimiento relacional implícito*, marcado por la inconsistencia, la falla y la carencia, que, evidentemente, si se mantiene el mismo contexto y las mismas experiencias relacionales, se afirmaría y confirmaría con el paso del tiempo.

Me quedo pensando que los niños del subproletariado (porque de eso estamos hablando), retomando el concepto marxista para referirme a aquellos niños que forman parte y crecen en la capa más pobre del estrato social —esa que se describe como carente de conciencia política y de clase—, son niños simultáneamente llenos y vacíos. Llenos de un real intermitente y, naturalmente, vacíos de un simbólico imposible de existir.

Apoyándome en un fabuloso artículo de Michel Legrand (1981), *El psicópata y el subproletario*, reflexiono sobre su idea de que los niños del subproletariado utilizan poco el lenguaje verbal para expresar sus necesidades o deseos, priorizando mucho más el lenguaje de la acción, más directo y rápido. Legrand planteaba la hipótesis de que estos niños, al habitar un contexto donde nada es estable, tienen una gran dificultad para construir un

mundo interno en el que las cosas y las personas permanezcan. Los adultos representan la inconsistencia, y esa inconsistencia también se vive en los objetos físicos: un día tengo ese juguete, pero al día siguiente ya no. El mundo real es inconsistente, lo cual pone en cuestión la experiencia del simbólico y, con ello, inevitablemente, del lenguaje.

Thomas Ogden (2024), en su libro *What Alive Means*, subraya, en el capítulo "*Transformations at the Dawn of Verbal Language*", precisamente la importancia decisiva de las primeras experiencias relacionales para la emergencia de lo simbólico. Para Ogden, el salto evolutivo del niño hacia el lenguaje verbal no es simplemente una traducción directa de la experiencia preverbal, sino una verdadera transformación de la experiencia emocional en una nueva forma de representación psíquica. Para explicar esta idea, Ogden, en el mismo capítulo, nos ofrece el ejemplo de Helen Keller.

Helen Keller era sordociega desde muy temprana edad, viviendo una realidad de experiencias puramente sensoriales, sin palabras ni símbolos verbales asociados. Un día, cuando su profesora deletreó la palabra "agua" en la palma de su mano, mientras al mismo tiempo dejaba correr el agua sobre ella, ocurrió una transformación profunda. Antes de ese momento, Helen Keller ya había experimentado la sensación física del agua en innumerables ocasiones, pero permanecía atrapada en una vivencia puramente sensorial, sin la posibilidad de nombrarla ni de reflexionar simbólicamente sobre ella. En ese instante específico, en el que la sensación física (preverbal) se unió a la palabra deletreada ("agua"), no ocurrió una mera traducción de la experiencia preverbal a una palabra, sino una verdadera transformación psíquica. La palabra introdujo un nuevo espacio interno entre la experiencia concreta (el agua deslizándose) y el símbolo verbal ("agua"), permitiéndole, por primera vez, reflexionar sobre la experiencia como algo separado de sí misma.

Creo que lo que Ogden intenta concluir con esta idea es que el paso al lenguaje verbal no es simplemente una traducción de lo preverbal, sino una transformación cualitativa de la experiencia emocional, que inaugura un nuevo espacio mental. "El agua es una cosa, no forma parte de mí, es un objeto o elemento con el que me relaciono." Pienso que lo verdaderamente transformador en lo que Ogden plantea es la concepción del surgimiento de lo simbólico como una posibilidad de construcción representacional de un espacio entre el self (yo) y el objeto (el otro).

Sin embargo, cuando el entorno emocional inicial está marcado por la imprevisibilidad, como ocurre con frecuencia en contextos de miseria y pobreza extrema, esta transformación puede no producirse adecuadamente. Sin una base estable y consistente, el bebé queda atrapado en el símbolo concreto, sin lograr evolucionar plenamente hacia lo simbólico. La experiencia emocional permanece encerrada en un estado

preverbal, sin que se desarrolle el espacio psíquico necesario para simbolizar y elaborar la realidad emocional. Como consecuencia, estos niños crecen con una capacidad limitada para utilizar el lenguaje como medio de expresión de estados internos complejos, recurriendo en cambio a lo que Fred Busch (2024), en su libro *¿How Does Analysis Cure?*, denomina "lenguaje de la acción". La acción directa e impulsiva se convierte en el vehículo privilegiado de comunicación, precisamente porque falta la posibilidad psíquica de reflexionar sobre la experiencia emocional mediante símbolos verbales.

Este mundo preverbal también está marcado por intensas identificaciones proyectivas, como aclara Christopher Bollas (2017) en su libro *The Shadow of the Object*. El bebé proyecta continuamente partes no integradas del self sobre el entorno externo y sobre los objetos relacionales que lo rodean. Estos objetos dejan de funcionar como referencias simbólicas estables y pasan a actuar como contenedores concretos de las partes no elaboradas e intolerables del self. En este sentido, en contextos de pobreza y privación extrema, donde los objetos materiales y las relaciones humanas son altamente inconsistentes y transitorias, la posibilidad de internalizar un objeto suficientemente bueno o, dicho de otro modo, la posibilidad de experimentar una vivencia relacional suficientemente segura, protectora y responsiva, capaz de sostener el desarrollo simbólico y el lenguaje verbal queda seriamente comprometida.

Estos niños, que no tuvieron otra posibilidad más que adaptarse a una realidad relacional inestable e inconsistente, se convierten en adultos que, sin haber vivido experiencias relacionales diferentes, permanecen atrapados en un modo de funcionamiento dominado por la concreción y la acción impulsiva. En consecuencia, me quedo pensando en cuán más probable es que las personas provenientes de estos contextos sean más susceptibles de permanecer en un estado preverbal y, por lo tanto, más vulnerables al desarrollo de psicopatología grave y de vidas vividas predominantemente en la repetición.

Por eso me pregunto cuán injusta puede ser la vida y, envuelto en este sentimiento de injusticia, me viene a la mente algo que me dijo Lucía después de una visita domiciliar de las trabajadoras sociales: "*¡Después aparecieron allí tres! ¡Tres personas para ver una casa de 20 metros cuadrados y una rata de alcantarilla! Y, de repente, una de ellas abrió mi nevera sin preguntarme si podía. Es una vaca. Yo no tenía nada allí. Luego todavía me dijo que la comida me la iban a dar a través de una tarjeta, pero que no podía comprar vino.*" Lucía no bebe vino, pero, provocadora como es, respondió: "*Me voy a comprar una garrafa de cinco litros y voy a gastar el resto del dinero en cigarrillos.*"

Al final de la sesión, después de llamarla de todo, me decía: “¡El pobre no es gente! ¡Ni vino me dejan comprar!” Lucía tiene razón. Los pequeños poderes son, muchas veces, los más crueles.

Como analistas de la clínica marginal, pero también como cualquier técnico que trabaje en estos territorios, creo que es fundamental estar atentos y reconocer estas subjetividades, pero, sobre todo, no caer en el error de ejercer el poder asociado al lugar en el que, de forma natural, estamos y también al que se nos asigna: el del Señor Doctor.

Pienso, en conversación conmigo mismo, que este no es un trabajo de Doctor, sino un trabajo de Persona.

Una Persona consciente, que primero ofrece continuidad y seguridad en la relación, sosteniendo las muchas fallas, las revueltas y los desamores —esa repetición continua de un real vivido, pero nunca pensado— y que, solo después, quizás mucho después, pueda ofrecer la oportunidad de crear representación, de salir del símbolo y construir lo simbólico. De salir de la acción y dar lugar al lenguaje.

Ser una Persona o ser, en el diccionario de Bollas (2017), un Objeto Transformacional, es algo profundamente exigente, y por eso comprendo cuán más fácil es repetir que recordar.

Permitir al Otro sustituir la repetición constante del trauma vivido por la creación de representaciones y significados, a través de una experiencia relacional y emocional nueva y suficientemente estable, es mucho más difícil. Más aún cuando lo concreto lo es todo y lo simbólico casi nada.

Termino pensando que, incluso cuando no tengamos ni idea de lo que estamos haciendo o de cómo podemos ayudar a estas personas, no puede faltarnos aquello que mi viejo supervisor, Camarada de Oficio y Amigo, Filipe Baptista-Bastos, dijo en el pódcast de *PsiRelacional* (2025): la Bondad.

La Bondad es lo que no puede faltar.

REFERENCIAS

- Altman, N. (2011). *The analyst in the inner city: Race, class, and culture through a psychoanalytic lens*. Routledge.
- Bollas, C. (2017). *The shadow of the object: Psychoanalysis of the unthought known*. Routledge
- BOSTON, G. [THE BOSTON CHANGE PROCESS STUDY GROUP] *Change in Psychotherapy: a unifying paradigm*. New York: W. W. Norton & Company, 2010
- Busch, F. (2024). *How Does Analysis Cure?: Essays on a Psychoanalytic Method, Psychoanalytic Organizations and Psychoanalysts*. Taylor & Francis.
- Legrand, M. (1981). O Psicopata e o Subproletário. *Análise Psicológica*, 3(1), 491-499.
- McLoyd, V. C. (1998). Socioeconomic disadvantage and child development. *American psychologist*, 53(2), 185.
- Ogden, T. H. (2024). *What Alive Means: Psychoanalytic Explorations*. Taylor & Francis.
- PsiRelacional – Associação de Psicanálise Relacional (2025, 3 de maio). Hélder Chambel e Filipe Baptista Bastos (Episódio 1) Podcast Apenas Humanos [Podcast de vídeo]. Youtube. https://www.youtube.com/watch?v=Xv30-ehJ8qU&ab_channel=Associa%C3%A7%C3%A3odePsican%C3%A1liseRelacional-PsiRelacional

Original recibido con fecha: 06/07/2025 Revisado: 15/07/2025 Aceptado: 30/9/2025

NOTAS: